

Al proponer que la enseñanza de las bellas artes se reduzca á sus escuelas especiales, hay que hacer una escepcion.

Una de las principales causas de la prosperidad de la industria francesa es la elegancia de sus productos. Por vil que sea la materia, la forma es tan agradable, que ella sola roba la atencion, y hace olvidar lo demás. Lo contrario pasa entre nosotros. Vemos artefactos de materias riquísimas y trabajados con una paciencia y delicadeza que asombran; pero al mismo tiempo con tal falta de conocimiento del dibujo, con tan absoluta carencia de sentido artístico, que no pueden dejar de ofender los ojos de una persona de gusto, y hacerse despreciables á pesar de su riqueza. Esta calificacion abraza tambien la mayor parte de las obras de bordado, ejecutadas primorosamente en cuanto al trabajo de manos, siendo detestables y aun risibles por su mal dibujo. Verdad es que el gusto no se enseña y que la inventiva sólo Dios la da; pero ámbas cualidades se desarrollan y afinan con el estudio, y puede remediarse mucho ese gran mal que impide el desarrollo de nuestra industria, si se difunde todo lo posible el estudio del dibujo aplicado á las artes, que yo quisiera ver enseñado en todos los establecimientos de beneficencia, como una dependencia inseparable de los talleres. De esa escuela de dibujo podrían tomarse en el Hospicio algunos jóvenes aprovechados, para dedicarlos á *pintores de edificios*, cuyo auxilio seria muy útil á la direccion.

Con un poco de actividad, inteligencia y energia, será, pues, fácil proporcionar ocupacion á los jóvenes, y obtener un buen resultado. Pero tratándose de las jóvenes que en numero considerable se albergan tambien en el Hospicio, la cuestion se presenta más difícil. Imposibilitadas por su sexo de ocuparse en multitud de trabajos propios de los hombres, no se ha hecho hasta ahora más que dedicarlas á la costura, á la música, algunas al dibujo, y otras al bordado. La educacion y porvenir de estas jóvenes es, sin embargo, uno de los puntos más interesantes y más dignos de ser examinados con detenimiento. Pertenecen la mayor parte de ellas á la clase pobre, lo mismo que los jóvenes sus compañeros de desgracia, porque es ciertamente una desgracia tener que vivir de la caridad pública, acaso sin haber conocido nunca la inefable felicidad del hogar paterno, ni las caricias de una madre. Esas jóvenes pasan lo mejor de su vida vegetando en aquel encierro, donde tal vez la terminan tristemente. La felicidad que allí pueden encontrar es simplemente la negacion de la desdicha. Importa mucho, sin duda, preparar á esas jóvenes para su salida al mundo, preparando así al mismo tiempo la solucion á una grave dificultad de que más adelante me encargaré. Tal como se entiende ahora su educacion, no ofrece ningun porvenir á las jóvenes; se ha tratado únicamente de hacerles agradable su vida actual. Ni la música, ni el bordado pueden proporcionar á todas la subsistencia: la costura ya sabemos cuán insignificante auxilio es por sí sola para

una pobre muger, y hasta qué extremo horrible se abusa de la miseria, para retribuir ese trabajo de una manera increíblemente mezquina. Es preciso, por tanto, introducir algun cambio en esa educacion, sin lisonjearse por eso de obtener iguales resultados que en el departamento de hombres, pero á lo menos con la esperanza de mejorar en algo la situacion futura de esas pobres niñas.

Como el establecimiento de buenos talleres en el Hospicio exige indispensablemente la introducción de un motor cualquiera para dar movimiento á diversas máquinas, podria aprovecharse tambien su fuerza para algunos telares pequeños y de obras finas, acaso de seda, en que trabajasen las jóvenes. Hay otro ramo de industria muy propio de ellas, y enteramente desconocido entre nosotros: hablo de la fabricación de encages, que á tanta costa se traen del extranjero. Cierto es que la primera materia aun no se prepara aquí; pero como su valor es tan insignificante que no puede compararse con el de la obra ya ejecutada, no seria eso grave inconveniente para el progreso de una industria tan importante.

La costura en blanco debe enseñarse con perfeccion y en todos sus ramos; pues si bien no es un recurso para vivir solamente de él, es parte tan esencial de la educacion de una muger, que sin este conocimiento, de nada le servirian los demás. El bordado ha de enseñarse, escogiendo de preferencia el

de aplicacion general y práctica como ramo de industria, sin atender mucho al de puro adorno. Seria, en fin, utilísimo instruir á las jóvenes en todas las faenas domésticas, dando atencion especial á la cocina en todos sus ramos. Es verdad que hoy se alternan en el servicio de la cocina de la casa; pero lo que se desea no es que aprendan á preparar con negligencia una comida de comunidad y mal aderezada, sino que dirigidas por persona inteligente, lleguen á sobresalir en el arte de cocina, dulces, postres, pasteleria, etc. Esto exigiria el establecimiento de una pequeña cocina especial, que se considerase como un taller. Para la enseñanza bastaria con preparar en corta cantidad los platos de lujo, y podrian servir como premio á las jóvenes más adelantadas, y aun á los jóvenes que trabajen en todos los talleres de la casa; el público tambien ocurriria á encargarlos cuando viese que se preparaban con aseo y perfeccion.

Por la rápida idea que he dado de la educacion de las jóvenes, se comprenderá fácilmente el fin á que se dirige, y no es otro que el de formar nuevas sirvientas, que tanta falta hacen en las casas. Algunas bordadoras sobresalientes podrán hallar su subsistencia en este género de industria, otras la deberán á su inteligencia en otro trabajo; pero es preciso convenir en que la mayoría de las que se recojan en el Hospicio no tiene otro porvenir que el del servicio doméstico: triste como es, á lo ménos les será más llevadero, si van adornadas de cualidades que las hagan aprecia-

bles á las personas que las empleen. Con todo, no hay que olvidar que su clase no es tampoco para poder abrigar mayores aspiraciones, y que si no hubiesen sido albergadas en el Hospicio, sus familias no las habrían dejado nunca en posición más elevada. Antes por el contrario, la educación que hayan recibido en el establecimiento les hará gozar de mayores consideraciones en el mismo servicio doméstico, pues nadie trata de igual manera á una criada inteligente, asea-da y hacendosa, que á la que carece de esas cualidades. Conviene también tener presente que dar á las personas una educación muy superior á su clase, infundirles aspiraciones y crearles necesidades, sin procurarles los medios de satisfacerlas, es hasta cierto punto cruel, y sumamente peligroso tratándose de las jóvenes. En el Hospicio, el producto de su trabajo les pertenece exclusivamente, y por lo común lo emplean en el adorno de su persona. ¿Cómo podrá salir de allí una joven acostumbrada á vestir con cierto esmero, gran bordadora, y diestra en tocar el piano ó en el dibujo de figura? ¿Adónde irá sin recurso alguno? ¿Cómo ha de querer humillarse á servir? De ahí procede que la mayor parte permanecen en el establecimiento, siendo una carga para él desde el momento en que han terminado su educación, y consumiendo su vida en aquel encierro.

Al decir que á los jóvenes de ámbos sexos no deben crearse necesidades y aspiraciones sin darles medios de satisfacerlas, no he querido dar á entender

en manera alguna que se les deje en el estado de abandono y desidia en que por lo común llegan al establecimiento. Me refiero sólo á aquellas aspiraciones que son irrealizables á no concurrir circunstancias muy raras y excepcionales; mas por el contrario, juzgo que deben creárseles todas las necesidades compatibles con su posición futura, porque no hay estímulo más poderoso para el trabajo. Ha de acostumbrárseles ante todo al más riguroso aseo, combatiendo así uno de los vicios más comunes y repugnantes de nuestro pueblo; á vestir con decencia, á andar siempre calzados, á dormir en cama, y á comer en mesa sirviéndose de los cubiertos. Tales necesidades no son imposibles de satisfacer, por humilde que haya de ser su posición en el mundo, y les obligarán á trabajar para tenerlas cubiertas; comunicarán luego á sus familias esos hábitos de orden, aseo y decencia, y el Hospicio contribuirá en lo que pueda á la moralización de un pueblo cuyos defectos nacen en gran parte de lo poquísimo que necesita para vivir.

La salud de los jóvenes de ámbos sexos es un punto que demanda seria atención. No soy competente para señalar el método higiénico que convenirá seguir en la casa: eso toca á personas de otra profesión. Pero desde luego ocurre que siendo obligatorio para todos el trabajo, es preciso mejorar los alimentos. Se ve también la necesidad de formar en el gran patio un verdadero jardín que sirva de recreo á los jóvenes de ámbos sexos, alternativamente, y

con las precauciones necesarias para evitar desórdenes. Convendría destruir los pequeños jardines que hay en otros patios, pues no llenan su objeto, y sólo sirven de aumentar la humedad y disminuir la luz en las habitaciones. Deben tener también los jóvenes baños de agua fría y templada, para su uso esclusivo, y no ir á un baño público como hoy se acostumbra, sólo por obtener un mezquino producto, á cambio de mil inconvenientes y peligros. Contiguo al jardín convendría mucho un salón de gimnástica, y que los días festivos los preceptores y maestros de talleres condujesen á sus respectivos discípulos á dar un paseo en el campo. La juventud necesita aire libre, ejercicio y distracción. El estudio forma y cultiva el espíritu; pero es necesario atender también al desarrollo del cuerpo, que aun cuando sea la parte inferior, está por ahora tan estrechamente unida á la otra, que no puede languidecer y sufrir, sin que aquella decaiga y sufra al par. Por lo mismo yo opinaria por abolir la costumbre de que los niños del Hospicio asistan á los entierros. El producto que esto dá al establecimiento es bien corto para compensar los males que causa. Los niños pierden el tiempo en una ocupación que ni los instruye, ni los moraliza, ántes su corazón se endurece con la repetición de tan tristes espectáculos; su salud pelagra en esas largas caminatas con la cabeza descubierta en cualquier estación, y ese desagradable empleo nada les enseña ni ha de producirles nada cuando salgan del establecimiento, porque no lo han de ejercer.

Mejor es que ese tiempo lo pasen en la escuela ó en sus talleres; que si el público persiste en esa costumbre, no faltará quien por especulación proporcione los asistentes necesarios como hay quien proporcione el carro fúnebre.

Algunos hallarán mezquino que el establecimiento retenga para sí una parte del producto del trabajo de los jóvenes, en cambio de la habitación y alimentos que les proporciona. Esta es una cuestión administrativa en que no insistiré; si lo he propuesto ha sido porque creo más honroso y más digno del hombre que no está impedido, deber su techo y pan al sudor de su rostro que á la caridad pública. Creo también que de lo poco ó mucho que del producto de su trabajo pertenezca á los jóvenes de ámbos sexos, sólo debe entregárseles una pequeñísima parte, guardando la casa el resto con total separación. Desde luego no es conveniente que los jóvenes tengan dinero disponible de que puedan hacer mal uso, ni tampoco debe permitírseles que lo gasten en adornar la persona. En el departamento de hombres, ese dinero ha de guardarse para que recibéndolo á su salida de la casa, se encuentren los jóvenes con un pequeño capital que les sirva para establecerse en su oficio, sin comenzar por contraer una deuda. En el departamento de niñas puede tener en algunos casos el mismo destino, y en otros, el de formarles un pequeño dote con que puedan casarse honradamente.

Es tanto ménos necesario dejar á los jóvenes esos fondos para mejorar su vestido, cuanto que la casa debe darlo á todos y ser uniforme. Es imposible conservar orden, aseo y decencia en las personas, si cada una ha de abrigarse con lo que pueda conseguir por sí ó por medio de su familia, si la tiene. ¿Cómo reconvenir á un joven al verlo descalzo y cubierto de harapos, cuando puede responder que el establecimiento ninguna ropa le dá, y aquella es la única que ha podido conseguir? El vestido es tan necesario como el alimento y la habitacion; el establecimiento no hará completa la caridad si no lo dá tambien. Que sea cómodo, elegante, sencillo y estrictamente uniforme; así se evitan rivalidades, desprecios y querellas, sobre todo en el departamento de niñas. La igualdad en el traje contribuye mucho á la buena administracion; es un elemento de paz y orden en estos asilos.

Pero si la paz y el orden sólo hubieran de conservarse en el establecimiento, merced á la vigilancia de los superiores, no seria ciertamente en alto grado ni por mucho tiempo. Si por el contrario se inclina en tal sentido la voluntad de las personas que allí se albergan, habrá entónces esperanzas de que el orden sea perfecto y durable. Pues bien; la religion y la moral son las que nos hacen amar la paz y el orden, no sólo como un deber, sino como un goce, y por lo mismo á nada ha de atenderse tanto como á dar una sólida instruccion moral y religiosa en

los establecimientos de beneficencia. Ningun bien mayor puede procurarse á los que la caridad pública tiene que amparar por verlos destituidos de todo auxilio. De nada serviría que se atendiera á todas sus necesidades físicas, si se dejaban sin satisfaccion las morales. Por lo mismo que los individuos que van á buscar allí un abrigo, son los más desgraciados de la sociedad, y por regla general tendrán que luchar siempre más que los otros contra las miserias de la vida, hay que fortalecerlos y prepararlos con más esmero para tan ruda carrera. La época en que nos ha tocado vivir, exige tambien más especialmente ese cuidado. Apenas salidos de una revolucion que todo lo ha trastornado, no hay otra base para reconstruir el edificio social, que el sentimiento religioso, así como tampoco hay otro correctivo para el desenfreno de las malas pasiones que han cubierto y aun cubren de ruinas y de sangre el suelo de nuestro país. Deslumbrado el siglo actual con sus maravillosas conquistas materiales, ha puesto toda su gloria en el bienestar físico que ellas proporcionan; pero olvidando que el hombre no es sólo un ser material, sino tambien intelectual, comienza ya á recoger amargos frutos de su error. Nosotros que tan amargos los recogemos, no debemos olvidar esa severa leccion, ni dejar, con aumentos, tan funesto legado á la generacion venidera.

Al hablar así no me contraigo al ejercicio de

las prácticas piadosas, que en general no han faltado en los establecimientos. No intento rebajar su importancia, ni ménos negar su necesidad, sobre todo de las que por nuestra religion son obligatorias. Apruebo, por supuesto, su continuacion, templadas por la prudencia en la parte que excede al precepto. Pero ellas, si bien son parte esencial de la religion, no son el todo, ni bastan para iluminar el entendimiento y formar el corazon, fin á que debe dedicarse del todo en cada establecimiento, una persona que naturalmente ha de ser el capellan, auxiliado por el director y demás empleados. Los medios que han de ponerse para alcanzar tan importante objeto, no es posible detallarlos, porque variarán segun la edad, el sexo y la condicion de las personas. A una piedad sincera é ilustrada, á una ardiente caridad del prógimo, nunca faltan medios de hacer el bien moral. Uno de los más eficaces es la difusion de buenos libros, y por consecuencia necesaria, hay que vigilar asiduamente á fin de que en ningun establecimiento se introduzcan ni lean los malos.

Para que la enseñanza religiosa sea sólida y verdadera, es preciso que vaya acompañada de otros estudios. Una escuela de primeras letras, bien organizada y con buenos preceptores, no debe faltar en ningun establecimiento, y la asistencia á ella debe ser forzosa para todos los que carezcan de los conocimientos que allí se adquieran. Los niños más

pequeños ocuparán en ese estudio la mayor parte del dia, y conforme vayan adelantando en edad y en conocimientos, irán disminuyendo las horas de asistencia á la escuela, y aumentando las de trabajo en los talleres. De los ramos de educacion secundaria, me parece que sólo convendria, por ahora, establecer el estudio del francés, lengua ya casi universal, y que seria muy útil á los artesanos para poder leer los muchos y buenos libros que en ella hay escritos sobre todas las artes.

Ha de formarse tambien en el Hospicio un asilo para los mendigos, de manera que la capital quede libre de esa plaga. Prescindiendo de la molestia que ocasionan á los habitantes, y del descrédito que acrean á nuestro país, basta advertir que tolerar la mendicidad pública es en cierta manera autorizar la vagancia. Muchísimos pordioseros no son verdaderos pobres, sino hombres que han hallado por ese camino el medio de crearse una renta sin trabajar; y es increíble la suma que anualmente roban á la caridad de los particulares, é indirectamente á los establecimientos de beneficencia. Otros hay verdaderamente necesitados é impedidos; pero recogidos á todos en el Hospicio, se descubrirá la verdad, y cada uno tendrá el lugar que le corresponda. Al que se reconozca hombre válido, se le aplicará á un trabajo fuerte, no sólo como consecuencia de la maldicion comun al género humano á comer el pan con el sudor del rostro, sino como pena especial por el de-